

La herencia de la posmodernidad

El devenir histórico es una realidad que nos tiene atrapados y de la que no podemos escapar. Todo cambia, nada permanece. El curso de la historia es implacable y a su paso todo se transforma. Los que contamos los años por décadas no salimos de nuestro asombro al comparar el ayer con el hoy y nos preguntamos ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo las cosas hayan cambiado tanto? Y sobre todo ¿Cómo las personas podemos sufrir metamorfosis tan profundas en nuestra forma de ser y de actuar en el marco de una existencia tan corta? Eso de “genio y figura hasta la sepultura” está muy bien en cuanto expresión del componente genético–somático, pero por lo que se refiere al ethos es otra cosa. Nacemos hombres, pero nos vamos humanizando o deshumanizando progresivamente y en ello tiene mucho que ver el escenario donde nos movemos y la atmosfera social que respiramos. Con razón se ha dicho que cada individuo es hijo de su época y de la sociedad en la que le ha tocado vivir. Lo que quiere decir que el entorno que nos rodea puede ser decisivo a la hora de ir configurando nuestra propia personalidad. Esto nadie lo pone en duda.

Innecesario es decir que el modelo humanístico de Egipto, la antigua Grecia o Roma, fue bastante distinto al del Medioevo y éste a su vez diferente al encarnado por los hombres del Renacimiento y todavía más por los de la Ilustración. Aún así, entonces se podía seguir hablando de unas referencias universales, susceptibles de ser convalidadas en todas las épocas, permaneciendo en pie las reglas de juego, sin necesidad de romper la baraja. Es decir el paso de un periodo a otro se producía dentro de un cierto continuismo, pero ahora ya no se puede decir lo mismo. La posmodernidad ha supuesto una ruptura con la modernidad en toda regla, en un tiempo record, que lo es mucho más si nos referimos a España, donde de la noche a la mañana hemos podido ver como todo daba un vuelco, hasta el punto de que una misma persona, no voy a decir viejo sino de avanzada edad, tiene la impresión de haber vivido dos vidas muy distintas, que en poco se parecen la una a la otra y también de haber conocido a personas que con el paso del tiempo han ido cambiando de perfil hasta llegar a ser irreconocibles.

Después de 30 o 40 años te vuelves a encontrar con aquellos amigos o personas con las que habías tenido un trato intenso y te resultan inidentificables por dentro. Pedro, aquel compañero universitario de filosofía, riguroso en sus razonamientos, empeñado en la búsqueda de la verdad porque creía que ésta existía y era posible encontrarla, ahora se ha vuelto escéptico y todo lo cuestiona. Mari Carmen, aquella muchacha

recatada y pudorosa, que se mostraba femenina hasta en la forma de andar, se ha vuelto descarada, habla como un carretero, defiende el amor libre y se ha convertido en abanderada de la ideología de género. Santiago, el asiduo asistente a los Cursillos de Cristiandad, que decía tener más fe que S. Pablo, ha acabado por crearse un tipo de religión a su medida, sincrética y tan disparatada que ni el mismo sabe por dónde cogerla. Juanjo, el antiguo camarada en el campamento del Frente de Juventudes, que sentía la pasión por España hasta llegar a hacer del patriotismo la razón de su vida, ahora no le hables de comprometerse y mover un dedo por su patria porque pasa de todo. Goyo, con madera de líder, a quien todos respetaban por su rectitud moral y sentido de la responsabilidad, se ha vuelto groseramente pragmático y no deja de repetir eso de “sálvese el que pueda” y que lo importante en la vida de cada cual es “encontrarse en el lugar adecuado en el momento justo”. Ahora la duda que me queda es si los demás puedan decir de mí lo mismo que yo pienso de ellos.

El vendaval de la posmodernidad ha levantado una enorme polvareda y el polvo del camino ha ido impregnando nuestro ser. Una y mil veces tendremos que seguir preguntándonos ¿Cómo ha sucedido todo esto y por qué ha tenido que ser así? Para empezar hay que decir que no ha habido violencia ni opresión, las cosas han ido sucediendo de forma espontánea y natural, en el marco de un ambiente desenfadado que nos remite a Mayo del 68, en que los estudiantes de la Soborna fueron los protagonistas de un movimiento contracultural difícil de precisar, al igual que todos los movimientos, con un claro componente subversivo axiológico, que sin tener gran repercusión política se ha convertido en el mito simbólico de una época, que representa la última gran revolución romántica de enorme calado en el ámbito socio – cultural.

En realidad el proyecto de la modernidad ya venía tocando fondo desde la primera mitad del siglo XX y daba muestras de agotamiento. Una crisis generalizada en todos los órdenes lo ponía de manifiesto. La sospecha había abierto una gran brecha en la racionalidad, la moral y la religión, que eran los grandes pilares en los que se sostenía Occidente. Hoy día esto lo podemos apreciar con claridad meridiana. La crítica apuntaba a una excesiva racionalización, nodriza de expectativas desproporcionadas, que luego con el paso del tiempo se vio que no podían mantenerse en pie. Efectivamente, el optimismo racionalista sin límites había hecho creer que todo el campo era orégano y que de la razón se podía esperar todo, hasta que la cruda realidad, sobre todo tras la experiencia de la Segunda Guerra Mundial, despertó a los hombres y mujeres de su sueño romántico y pudieron comprobar que ni todo lo racional es real, ni todo lo real es

racional. Ciertamente no dejó de ser un gran acierto por parte del hombre posmoderno detectar el peligro de un racionalismo exacerbado y tratar de reivindicar el afecto frente a la pura racionalidad, pero cometió la torpeza de tratar de corregir los excesos racionalistas con otros excesos aún peores, aplicando la ley pendular. Éste precisamente fue el gran error, que tuvo como consecuencia convertir a la diosa razón en una vieja embustera, cuando en realidad lo deseable hubiera sido dejar las cosas en un término medio

Huérfanos ya de la razón solo quedaba Dios como último garante de las aspiraciones humanas, pero también sobre Él pesaba la sospecha de deshumanización, que le convertía en un rival y peligroso enemigo del hombre, cuya sola presencia comprometía su libertad y ansias de felicidad humana. El hombre de la posmodernidad siempre tuvo muy claro que era necesario remover los cimientos en que se sustentaba la verdad y el bien, para así tener las manos libres y poder pensar y actuar según su antojo.

Se dio prisa en desconectar los potentes focos capaces de iluminar hasta los últimos rincones de la realidad y en su lugar se sirvió y sigue sirviéndose, de una linterna mágica, que la utiliza para alumbrar selectivamente algunos sectores de la realidad dejando en penumbra otros. Desde el primer momento fue consciente de que sólo se vive una vez, volcándose a tope en el momento presente dejando fuera de pantalla el pasado y el futuro. Nada de compromisos, nada de temores que pudieran perturbar el disfrute del instante fugaz

En la época de los Whats app en que nos hemos instalado, las noticias e informaciones tienen una fecha de caducidad muy breve. Cada día tenemos que vaciar los archivos de nuestro móvil, porque todo pasa muy de prisa y lo de ayer ya no nos sirve. Las impresiones de un día son tantas que no podemos procesarlas todas. No nos alcanza el tiempo para la reflexión tranquila y vamos dejando para mañana el encuentro cálido con nosotros mismos y con los demás. Nos hemos acostumbrado a vivir en una burbuja virtual y ya nos resulta complicado prescindir de ella.

Parecerá una broma, pero se han invertido los términos. Este mundo artificial, con un gran componente de sensaciones virtuales, creado y pilotado por el propio hombre, que se ha erigido en la medida de todas las cosas, que decide sobre la verdad y el bien y de quien depende el destino de la humanidad, es ahora el mudo de la realidad. En cambio el mundo con sólidas bases metafísicas, abierto a la espiritualidad y la trascendencia, que tenía como fundamento al Ser Fundante, principio y fin de todo lo creado, es considerado como una fantasmagoría. Si nuestros

abuelos levantarán la cabeza tal vez no lo entenderían y con toda seguridad no lo aceptarían; pero sí que lo entienden los nietos que han llegado a pensar que las cosas son como a cada cual le parecen y ya está, siendo difícil disuadirles porque ¿cómo vas a convencer a quienes piensan que no hay razones sino sólo sentimientos?

En fin, mucho me temo que al hombre de la posmodernidad le aburren este tipo de disquisiciones filosóficas, porque todo lo que nos sea vivir y gozar a tope el momento presente, en el sentido más primario, es perder el tiempo y quien sabe disfrutar y sacar jugo a la vida no necesita de más. Es así como el nihilismo de la posverdad cree haber llegado al punto culminante de la historia, aunque yo no me fiaría nada, porque la astucia de la razón, como ya advirtiera Hegel, siempre, siempre, se las ingenia para poner en evidencia las estupideces humanas y sobre todo porque la experiencia constata a cada paso que el tiempo acaba devorando al momento presente que idolatramos. Yo tengo para mí que la posmodernidad será recordada como la época dorada de la técnica abanderada por el Internet y a sus hombres como los artífices de un desarrollo material esplendoroso, sin precedentes, pero que al no saber digerir tanto éxito acabaron perdiendo el juicio y se volvieron locos.